

Jörn Rüsen

¿Qué es la cultura histórica?: Reflexiones sobre una nueva manera de abordar la historia.¹

Traducción de F. Sánchez Costa e Ib Schumacher

1. Una mirada categorial a lo histórico

En ocasiones aparece en el uso común del idioma una palabra en el momento adecuado, sin que el ámbito científico interesado tenga un concepto correspondiente. Así parece ser hoy en día con la 'cultura histórica'. A la 'cultura política', a la 'cultura científica', a la 'cultura de la controversia'² y composiciones parecidas se suma en los últimos años la 'cultura histórica'. Ya no se habla solamente de la historia, del pensamiento histórico, del imaginario histórico; tampoco solamente de la conciencia histórica, cuando se quiere aludir a las dinámicas del recuerdo y a su papel en la esfera pública. Así, el uso del idioma en el campo de lo histórico sigue a un cambio generalizado de tendencia en la visión del hombre y de su mundo, una visión que se desplaza de la sociedad a la cultura. También en el debate entre los académicos sobre la dirección científica que debería tomar la ciencia histórica, y sobre los métodos que debería emplear, se manifiesta la contraposición 'sociedad' y 'cultura'.

¿Pero a qué se refiere el concepto 'cultura histórica'? ¿No existen ya desde hace tiempo otros conceptos que son quizás más adecuados? El concepto de cultura histórica aborda un fenómeno que caracteriza desde años el papel de la memoria histórica en el espacio público: me refiero al *boom* continuo de la historia, a la gran atención que han suscitado los debates académicos fuera del círculo de expertas y expertos, y a la sorprendente sensibilidad

¹ Original en: Füssmann, K., Grütter, H.T., Rüsen, J. (eds.): *Historische Faszination. Geschichtskultur heute*, 1994, pp.3-26.

² Todas estas 'culturas' denominan ciertos conceptos muy extendidos en la discusión intelectual de Alemania, que generalmente se refieren a una cierta manera de hacer las cosas y de cómo tratarlas en los ámbitos correspondientes. Por ejemplo la 'cultura científica' es el concepto que se refiere a la manera como se hacen y se tratan las cosas en el ámbito científico. [N. del T.]

del público en el uso de argumentos históricos para fines políticos. El *Historikerstreit*³, la gran atención y aprobación que tuvo el discurso del 50 aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial del presidente Richard von Weizsäcker, y el efecto negativo del discurso pronunciado por el entonces presidente Philipp Jenninger conmemorando el 50 aniversario de la llamada "noche de los cristales del *Reich*", son ejemplos sobresalientes del interés público por lo histórico, pero un interés que no se orienta principalmente a la ciencia histórica y su papel en el estado y la sociedad ni tampoco a las instituciones del aprendizaje histórico y su significado para la cultura política.⁴

Esta mirada que ahora nos interesa sitúa a la historia en un horizonte en el que se conjugan, en nuevas estructuras complejas, las diversas áreas y estrategias de la memoria histórica que hasta ahora habían aparecido más bien separadas. En estas estructuras, las diversas áreas y estrategias parecen nuevas y diferentes a como se habían presentado en la mayoría de las formas de autotematización y autoexplicación. En esta nueva aproximación, la investigación académica, la enseñanza escolar, la conservación de monumentos, los museos y otras instituciones se contemplan y discuten, a pesar de sus recíprocas demarcaciones y diferencias, como manifestaciones de una aproximación abarcante y común al pasado. 'Cultura histórica' debe denominar este aspecto abarcante y común. La 'cultura histórica' contempla las diferentes estrategias de la investigación científico-académica, de la creación artística, de la lucha política por el poder, de la educación escolar y extraescolar, del ocio y de otros procedimientos de memoria histórica pública, como concreciones y expresiones de una única potencia mental. De este modo, la 'cultura histórica' sintetiza la universidad, el museo, la

³ El *Historikerstreit* (controversia entre los historiadores), se trata de una controversia muy importante y extendida entre los historiadores alemanes sobre la contextualización y la valoración histórica y filosófica del nacionalsocialismo. Controversia provocada por Jürgen Habermas en 1986, que reprochó a ciertos historiadores alemanes una relativización de la Alemania nacionalsocialista y sus crímenes. Habermas defiende la tesis de que el pasado alemán no es comparable con otros regímenes de terror de la misma época y por eso cualquier intento de poner el régimen nacionalsocialista en el contexto de otros regímenes de terror de la Europa de mediados del siglo XX, quita importancia al fenómeno del nacionalsocialismo alemán y sus crímenes. [N. del T.]

⁴ Un análisis sagaz de los dos discursos da Katherina Oehler: "Glanz und Elend der öffentlichen Erinnerung. Die Rhetorik des Historischen in Richard von Weizsäckers Rede zum 8. Mai und Philipp Jenningers Rede zum 9. November", en Klaus Fröhlich, Heinrich Theodor Grütter, Jörn Rüsen (eds.): *Geschichtskultur* (Jahrbuch für Geschichtsdidaktik, vol.3), Pfaffenweiler 1992, pp.121-137.

escuela, la administración, los medios, y otras instituciones culturales como conjunto de lugares de la memoria colectiva, e integra las funciones de la enseñanza, del entretenimiento, de la legitimación, de la crítica, de la distracción, de la ilustración y de otras maneras de memorar, en la unidad global de la memoria histórica.

Como síntesis conceptual de fenómenos distintos en un ámbito común de la vida cultural, tiene la 'cultura histórica' una función categorizadora. Explora y alumbra un amplio campo de actividades culturales y lo delimita de otros campos, de tal manera que, en la totalidad y la diferenciación del fenómeno abarcado, su unidad se hace visible. Es evidente que no es posible integrar sin rupturas en las categorías tradicionales de la vida cultural las actividades, instituciones y funciones que articulan la relación social y personal con el pasado. El pensamiento histórico es una parte importante de la cultura política, pero no es absorbido por ella; lo mismo es válido para los otros sectores de la cultura, como el de la ciencia o el arte. 'Historia' es algo principalmente propio y particular, que se emparenta con casi todas las actividades y formas de la cultura, pero que queda igualmente visible como algo particular. Expresando lo común y lo diferente, la expresión 'cultura histórica' se convierte en un término con un significado igual al de una categoría.

Esta pretensión categorial del término 'cultura histórica' se une con aspectos normativos. No se quiere solamente identificar y explorar unos fenómenos, sino que, al mismo tiempo, se pretende indicar pautas para la práctica cultural. En este sentido se habla de 'más o menos cultura histórica' y se asocian, de este modo, valoraciones; y cuando se habla de instituciones como la ciencia como manifestación de la cultura, entonces resuena siempre un tono de aplicación normativa, de criterios valorativos, con los cuales se pueden medir y criticar los resultados y efectos de tal institución.

Esta nueva perspectiva categorial sobre la historia en la vida de una sociedad no es una casualidad. Ha ido preparándose gracias a la cuestión de la conciencia histórica, que la didáctica de la historia ha tratado y discutido desde hace décadas para hablar del aprendizaje histórico - más allá de la enseñanza escolar de la historia - como un tema de significación general y fundamental y para reclamar esta cuestión como su campo de investigación propio. En el ámbito de la didáctica de la historia, la conciencia histórica ha recibido ya una significación categorial, que sirve para la autoexplicación de la disciplina, para la identificación de una

materia particular de estudio y de su metodología correspondiente y, al fin y al cabo, para la heurística de investigaciones empíricas⁵. La conciencia histórica ha podido ser descrita como una realidad elemental y general de la explicación humana del mundo y de sí mismo, y así ha sido elevada a la categoría de un tema de investigación propio, de significado incuestionablemente práctico para la vida. De la conciencia histórica hay solamente un pequeño paso a la cultura histórica. Si se examina el papel que juega la conciencia histórica en la vida de una sociedad, aparece como una contribución cultural fundamentalmente específica, que afecta e influye en casi todas las áreas de la praxis de la vida humana. Así la cultura histórica se puede definir como la articulación práctica y operante de la conciencia histórica en la vida de una sociedad. Como praxis de la conciencia tiene que ver, fundamentalmente, con la subjetividad humana, con una actividad de la conciencia, por la cual la subjetividad humana se realiza en la práctica -se crea, por así decirlo.

Pero centrar el significado del término 'cultura histórica' alrededor de la conciencia histórica tiene también sus problemas. Ciertamente, el concepto 'conciencia histórica' hace hincapié en una actividad subjetiva frente al carácter de mero objeto de algo así como la 'historia' como contenido de conciencia, y con él es posible derivar esta objetividad en una praxis cultural. Pero al mismo tiempo también puede distraer de las dimensiones y los ámbitos de la mentalidad humana que no son absorbidos por la orientación a la finalidad y el carácter reflexivo de la conciencia. Las predisposiciones inconscientes y preconscious del comportamiento humano también están marcadas por un pasado que, en cierto modo, aparece en el presente; tiene sentido, por ello, hablar de un inconsciente histórico individual y colectivo⁶. De este modo, es aconsejable retratar también la actividad cultural particular a la que nos referimos y sus diferentes manifestaciones (que el término 'cultura histórica' debe explorar y sintetizar en categorías) de otra manera y no sólo con los procedimientos y manifestaciones propios de la conciencia histórica. Para ello se nos ofrece la expresión 'memoria histórica'. Es prácticamente indiscutible que el trato con la historia y su papel en la vida humana, es la realización o actualización de un determinado tipo de memoria, esto es, la

⁵ Buen ejemplo de ello es Gerhard Schneider (ed.): *Geschichtsbewusstsein und historisch-politisches Lernen* (Jahrbuch für Geschichtsdidaktik, vol.1), Pfaffenweiler 1988.

⁶ Compare Erich Neumann: *Ursprungsgeschichte des Bewusstseins*, Frankfurt a.M. 1986.

memoria histórica⁷. Si se puede señalar genéricamente lo específico de una memoria histórica, entonces es plausible hablar de 'cultura histórica' como un término con pretensión de categoría.

2. La rememoración histórica como producto cultural

La cultura se fundamenta en que el hombre tiene que actuar para poder vivir, y en que la actuación humana requiere siempre un sentido, es decir, que presupone una significación de los hechos y de las situaciones que se afrontan y de la voluntad -que motiva la actuación- como propósito, finalidad o intención. La cultura es universal, ya que, junto a la necesidad de sentido de la actuación humana, se presenta como la manera específica de vivir del hombre. En esta línea, se utiliza el concepto de cultura para denominar el modo histórico de vivir del hombre y se la contrapone a la naturaleza. Historia (en un sentido limitado como historia del ser humano) sería entonces cultura situada en el tiempo. Frente a este concepto amplio de cultura se puede diferenciar uno más limitado, que no engloba todo el ámbito de la actuación y el padecimiento humano determinado por un sentido, sino solamente una parte de la praxis vital —a saber, la que se refiere a su vida interior, es decir, al ámbito de la mente, de la conciencia y del espíritu. Cultura es entonces esta parte de la relación activa y pasiva del hombre con su mundo y consigo mismo, en la que el mundo y él mismo tienen que ser interpretados para poder vivir con y en el mundo. Cultura se refiere en este caso a la naturaleza espiritual-mental del hombre, que se realiza en la alternancia permanente entre la apropiación interpretativa del

⁷ En el texto alemán, el autor utiliza la palabra 'historische Erinnerung'. Esta expresión admite dos traducciones: memoria histórica o recuerdo histórico. Quizá la que más se adecuaría al sentido original sería 'recuerdo histórico' o 'rememoración histórica', ya que 'memoria histórica' se corresponde literalmente en alemán a 'historisches Gedächtnis'. Ahora bien, la utilización que se hace de este concepto en la literatura académica alemana es oscilante. En las páginas que siguen seguiremos el siguiente criterio de traducción, siempre discutible y mejorable: cuando 'historische Erinnerung' se utilice en un sentido antropológico fundamental, es decir, como la capacidad humana de retener y hacer presente el pasado, utilizaremos la expresión 'memoria histórica'; cuando el autor se refiera al acto de la memoria, es decir, al recuerdo, utilizaremos el término 'recuerdo histórico' o 'rememoración histórica'. Cabe recordar que, en cualquier caso, el sentido que tiene aquí la expresión 'memoria histórica' es distinto al generalmente empleado en España, donde viene a significar la discusión y visualización pública del pasado. [N. del T.]

mundo y la expresión humana del ser propio (subjectividad). Esta definición de cultura tiene la ventaja de no cubrir todo el espectro de la vida humana, sino de diferenciar este ámbito de vida de otros, y desde esta diferencia, establecer relaciones. Entre estas otras áreas se suelen nombrar la economía, la sociedad y la política. La cultura está imbuida por ellas pero a su vez también las imbuye.

La apropiación cultural del mundo y la configuración del hombre por sí mismo pueden ser descritos más detalladamente como una interrelación compleja entre la percepción, la interpretación, la orientación y el establecimiento de una finalidad. Estas cuatro actividades mentales configuran conjuntamente las fuentes de sentido para la praxis vital.

La 'cultura histórica' sería así esa esfera o parte de la percepción, de la interpretación, de la orientación y del establecimiento de una finalidad, que toma el tiempo como factor determinante de la vida humana. El tiempo es experimentado e interpretado, y la actividad y el padecimiento humanos son orientados en el marco del transcurso del tiempo, y se señalan sus finalidades de acuerdo a su extensión temporal. Pero no cualquier trato interpretativo del tiempo es ya historia, o mejor dicho, produce historia. También en las leyes naturales se interpreta el tiempo, pero el conocimiento de las ciencias naturales no es parte de la cultura histórica. La cultura histórica se refiere por tanto a una manera particular de abordar interpretativamente el tiempo, precisamente aquella que resulta en algo como 'historia' en cuanto contenido de la experiencia, producto de la interpretación, medida de orientación y determinación de la finalidad.

¿De qué particularidad se trata? Se puede poner de relieve en dos pasos argumentales. En primer lugar se trata de una aproximación interpretativa del tiempo que se concreta en el modo de la *rememoración histórica*. 'Historia' significa el pasado interpretativamente traído al presente (actualización interpretativa del pasado). Pero no toda la memoria es específicamente histórica; de no ser así, toda actividad mental humana que se refiriese a algo pasado, sería parte de la cultura histórica. Si así fuera, esta categoría experimentaría una enorme ampliación, poco conveniente, a todas las áreas de la experiencia humana. La rememoración histórica (o memoria histórica) por tanto, debe ser entendida de manera más específica como una operación mental referida al propio sujeto recordante en la forma de una actualización o representación de su propio pasado. Típico de este carácter autorreferencial es la memoria

autobiográfica, que forma parte de las acciones necesarias para la toma de conciencia propia a lo largo de la vida. Pero el marco temporal de esta memoria es demasiado estrecho para ser paradigmático de la memoria histórica. Cuando una memoria de este tipo se retrotrae más allá de las fronteras temporales de la propia vida y, de este modo, interpreta la realidad actual y abre una perspectiva de futuro que traspasa también el propio marco temporal, podemos hablar con todo derecho y propiamente de memoria histórica.

Esta superación de fronteras puede realizarse de dos maneras. Una es que, para comprender la historia de la propia vida y para organizar con sentido la propia autobiografía, se recurra a modelos de interpretación que abarquen interrelaciones temporales entre pasado, presente y futuro. El otro modo de superar las fronteras de la temporalidad se refiere al contenido de la memoria: la memoria trae al presente una realidad pasada, que es más antigua que uno mismo - precisamente de este modo debe ser rememorado el propio pasado, si uno quiere entenderse a sí mismo en una situación práctica necesitada de orientación y si quiere hacerse valer en un conflicto con otros.

Para explicar más exactamente qué es el recuerdo específicamente histórico debe ser descrita su realización como un procedimiento mental de la *conciencia histórica*. Pero en este sentido, 'conciencia' debería incluir todas las dimensiones mentales, a través de las cuales se lleva a cabo el recuerdo. La definición clásica de Jeismann debía originariamente resaltar sobre todo las actividades cognitivas de la memoria histórica (para hacerlas histórico-didácticamente visibles como determinantes fundamentales del aprendizaje histórico)⁸, pero puede extenderse sin problemas a todos los ámbitos mentales de la memoria histórica. Según esta definición, la conciencia histórica es "el entreveramiento entre la interpretación del pasado, la comprensión del presente y la perspectiva del futuro"⁹.

Con esta definición se pueden encontrar y describir más peculiaridades de la cultura histórica en cuanto percepción y significación del tiempo, orientación en él y establecimiento

⁸ Karl-Ernst Jeismann: "Didaktik der Geschichte: Das spezifische Bedingungsfield des Geschichtsunterrichts", en Günter C. Behrmann, Karl-Ernst Jeismann, Hans Süßmuth: *Geschichte und Politik. Didaktische Grundlegung eines kooperativen Unterrichts*, Paderborn 1978, pp.50-108.

⁹ Karl-Ernst Jeismann: "Geschichtsbewußtsein", en Klaus Bergmann, Annette Kuhn, Jörn Rüsen, Gerhard Schneider (eds.): *Handbuch der Geschichtsdidaktik*, Düsseldorf 1985³, p.40.

de una finalidad en él gracias y por medio del recuerdo histórico. La acción memorativa (el recuerdo) se realiza con un concepto de tiempo que integra las tres dimensiones de la temporalidad (pasado, presente y futuro) en una representación global del transcurso temporal, tal como queda patente en la actualización del pasado a través del acto rememorativo. La rememoración cambia el estatus temporal del pasado de tal manera que no deja de ser pasado, sino al contrario se hace presente en cuanto que pasado y abre al mismo tiempo una perspectiva al futuro. El recuerdo histórico retiene algo del pasado (y deja también en el olvido lo demás); el recuerdo acontece de tal modo, que se hace consciente en cuanto que pasado y, al mismo tiempo, se refiere al presente (en realidad, es un hacer presente). Como pasado se hace –por así decir– a la vez imperecedero, y eso quiere decir: se vuelve histórico, precisamente gracias al acto de la rememoración. Se sitúa entonces en una interrelación interna con el presente y el futuro. Es en esta dinámica interrelativa donde el recuerdo adquiere, para los que hacen memoria, la cualidad temporal particular de su significado histórico. Las actividades de la conciencia histórica no dejan por tanto el pasado tal como fue: recordando que ciertos acontecimientos del pasado y su ordenación temporal fueron tal como fueron, se los eleva más allá de su carácter pasado y ganan actualidad y tensión futuriza. Droysen ha hablado de ello como proceso en el cual los negocios se vuelven historia¹⁰.

La segunda particularidad de la conciencia histórica, aparte de la forma temporal¹¹ de la memoria o recuerdo histórico, se refiere al modo de ser de lo memorado. Siempre es recordado como algo real, algo que verdaderamente ha sucedido así; representa una parte de la articulación de la experiencia en la interpretación del tiempo. Pero al mismo tiempo, gracias a la capacidad y a la acción rememorativa de la conciencia histórica, esta experiencia del pasado se carga de significado para el presente. La realización del recuerdo histórico¹² por la conciencia

¹⁰ Johann Gustav Droysen: *Historik*, editado por Peter Leyh, vol.1, Stuttgart 1977, p.69.

¹¹ Esta expresión se refiere al hecho de que el autor parece ver la 'memoria histórica' como otra forma temporal al lado del pasado, presente y futuro. [N. del T.]

¹² Nos encontramos de nuevo con una expresión de muy difícil traducción: 'Erinnerungsleitung'. La palabra 'Leitung' tiene en alemán múltiples significados, todos relacionados con el ámbito de la acción; en el campo de las ciencias experimentales significa 'fuerza'; en contextos como el de este texto, puede tener los significados de 'acción', 'realización', 'actualización' y hasta de 'potencia' o 'capacidad'. En este texto, 'Erinnerungsleitung' viene a significar algo así como 'el acto del recuerdo', 'el acto recordante', 'la realización del recuerdo' (es decir, la memoria en acción). Juguemos con estas traducciones, aunque

histórica es una síntesis peculiar de lo empírico y de lo normativo, de hechos y valores, en torno a la experiencia y el significado. La conciencia histórica sintetiza la experiencia temporal que proviene del pasado con la expectativa temporal que se abre al futuro. Aquí esta la razón material de la peculiar indecisión del conocimiento histórico entre, la objetividad neutral de un lado, y la dotación de significado o la determinación del sentido valorativas de otro.

Si esta descripción de la rememoración histórica (que siempre se realiza a través de la conciencia histórica) es correcta, es obvio pasar a preguntarse si hay una operación mental específica correspondiente, o un complejo identificable de operaciones mentales sistemáticamente interrelacionadas, que producen este entreveramiento de los tiempos y esa determinación, al mismo tiempo, empírica y normativa de contenidos. En realidad existe una operación así: es la de contar historias.

La tesis de la estructura específicamente narrativa de la conciencia histórica ha sido objeto de mucha polémica pero de poca crítica razonada. En realidad, no existen conceptos alternativos que señalen otros procedimientos mentales como específicamente históricos. Más bien los críticos de la teoría de la narratividad recurren también a una particularidad de lo histórico, sin poder decir con claridad en qué consiste. A pesar de eso, la tesis de que la conciencia histórica lleva a cabo su procedimiento mental del recuerdo histórico en la forma del relato de historias, tiene que ser modificada, o mejor dicho, ampliada en dos aspectos: la memoria histórica y su realización por la conciencia histórica contienen elementos y factores que no son genuinamente narrativos, pero puede demostrarse que estos tienen también una función genuinamente narrativa, es decir, que, sin rupturas ni coerción, son absorbidos por y forman parte del contar historias.

Se trata de imágenes y símbolos, que encienden la actividad memorativa de la conciencia histórica y a través de los cuales esta se lleva a cabo; pero ellos no son todavía las historias. No son historias, pero las generan.

aveces nos limitaremos a traducir la palabra alemana por 'recuerdo' o 'rememoración', entendiendo que en castellano ambos conceptos implican ya un carácter activo.

Como portadores de sentido (semióforas)¹³ fascinan a la conciencia histórica, pero no llevan ni condensan en sí mismos las historias, aunque estas sean contadas mediante su fuerza simbólica. Los símbolos arquetípicos pueden tener una función importante en la interpretación histórica de la experiencia del tiempo en su papel de modelos interpretativos; pueden ser principios transmisores de significado y generadores de sentido en la interpretación temporal, sin que su significado - y eso es lo decisivo - esté organizado narrativamente. Así, por ejemplo (me refiero a un argumento de Gottfried Korff), la noche y el cristal tienen una enorme fuerza simbólica, con la que pueden, como constructos de sentido, inspirar memorias históricas en forma de historias, sin estar ellos mismos en el lugar de las historias. Solamente en una cierta constelación adquieren una función narrativa, por ejemplo, si en un discurso político, que trata de acontecimientos actuales de xenofobia, se usa la expresión 'noche de los cristales rotos'. Esta expresión, claro está, ocupa el lugar de una historia; es una 'abreviación narrativa'¹⁴, que los que la entienden pueden descifrar en algún tipo de narración y convertir en una historia más o menos elaborada.

El debate de los historiadores sobre la narración ha prendido porque se ve a la narración como un relato identificado con la presentación de los acontecimientos a la manera de la historiografía antigua. Se rechaza así que se califique a la historiografía - en la que se han incorporado los progresos más nuevos de las ciencias - como narración, teniendo en cuenta los estándares metodológicos por los que la investigación histórica de hoy en día se diferencia de la antigua, interesada sobretudo en los acontecimientos y sus interrelaciones. De hecho estas innovaciones metodológicas han llevado a unos procedimientos de interpretación en los que elementos cognitivos de ascendencia teórica y naturaleza no narrativa juegan un papel importante. No son historias, y por ello pueden utilizarse muy bien en contra de la tesis del carácter narrativo del conocimiento histórico. Una mirada a su utilización en la organización del conocimiento histórico confirma claramente esta tesis, porque sirven precisamente para organizar historias. (Así, por ejemplo, una teoría de la modernización puede organizar una

¹³ Gottfried Korff llama la atención sobre este término continuando a Krysstof Pomian: Gottfried Korff, Martin Roth (eds.): *Das historische Museum. Labor, Schaubühne, Identitätsfabrik*, Frankfurt a.M. 1990, p.20.

¹⁴ Compare aquí Jörn Rüsen et al.: "Untersuchungen zum Geschichtsbewußtsein von Abiturienten im Ruhrgebiet", en Bodo von Borries, Hans-Jürgen Pandel, Jörn Rüsen (eds.): *Geschichtsbewußtsein empirisch*, Pfaffenweiler 1991, pp.230 y s.

historia social alemana de la época contemporánea o una teoría religioso-sociológica del fin de lo mágico, una historia de las ciencias en la Grecia antigua.)

Así pues, tiene mucho sentido caracterizar formalmente la actividad memorativa de la conciencia histórica (es decir, el recuerdo) como un contar historias, y ver esta forma narrativa como una característica esencial de la cultura histórica. Es también esta forma la que trae consigo la síntesis peculiar de los tiempos y el engranaje de experiencias y normas en el proceder (siempre configurador de sentido) de la conciencia histórica. Una mirada a lo que significa traer al presente lo pasado mediante el contar una historia, debería hacer plausible la difícil explicación de la actividad y las posibilidades de la conciencia histórica y, en este sentido, presentarla como un fenómeno absolutamente cotidiano, fundamental y hasta universal en la producción cultural de la praxis vital humana.

Al aspecto formal del proceso activo por el que la conciencia histórica construye sentidos y significados¹⁵, se suma el funcional. La memoria histórica orienta en el tiempo y establece -mediante la interpretación de la temporalidad- finalidades que guían las actuaciones. Con una mirada profunda a la conciencia histórica se puede describir esta función orientativa más detalladamente. Tiene un aspecto interno y otro externo, que se entremezclan necesariamente, pero que pueden, a pesar de eso, distinguirse bien el uno del otro.

El aspecto exterior consiste en que el marco orientativo de la praxis humana de la vida recibe una dirección temporal. Mediante esta determinación de la dirección se pueden interpretar los cambios que se viven actualmente, los que se han causado actuando y los que

¹⁵ Uno de los conceptos nucleares que sirve a Rösen para estructurar y desarrollar su argumentación es el de 'Sinnbildung'. 'Bildung' significa construcción o edificación. Sinn se traduce normalmente por 'sentido', aunque no sería incorrecto traducirlo por 'significado'. A lo largo de los próximos párrafos encontrará el lector decenas de veces expresiones como 'construcción de sentido' o 'construcción de sentido histórico'. Se trata de conjuntos terminológicos algo extraños para el lector español. Con ellos, se refiere el autor a la necesidad humana de explicar y entender de forma coherente, lógica y válida el mundo y, por tanto, a la pretensión humana de poder encuadrar su actuación dentro de una realidad que no esté vacía, sino que tenga una plenitud, una racionalidad y una dirección. La propia expresión que utiliza Rösen indica que, según su postura, el sentido no está cerrado de antemano, sino que el hombre tiene un papel muy importante, a través de los procesos de la percepción y la conciencia creativa, en la búsqueda y el establecimiento de sentidos, coherencias, significados en la realidad. [N. del T.]

son intencionados para el futuro, según un modelo de transcurso del tiempo que basa las intenciones en la experiencia y hace que las experiencias guíen las intenciones. En las sociedades tradicionales, por ejemplo, se encuentran dichas orientaciones en la forma de un eterno retorno de lo de siempre o en la permanencia, en los altibajos de la vida, de un orden terrenal establecido temporalmente. La contraposición a ello, en las sociedades modernas es, como es sabido, la idea del progreso; según esta concepción, del propio recuerdo histórico se deducen las dinámicas de superación histórica, se concluyen las consecuentes posibilidades de actuación para más superaciones (por ejemplo, en la producción industrial de bienes) y se instruyen y legitiman las actuaciones correspondientes.

Hacia el interior, la conciencia histórica orienta formando una identidad histórica. Con eso se quiere decir, que dota a los sujetos recordantes de una idea de sí mismos, con la cual extienden ciertas peculiaridades propias más allá de los límites de su vida, se reconocen como algo permanente por encima de los cambios temporales y se encuentran una valía. La identidad es una relación autointerpretativa de los sujetos consigo mismos, en la que estos deben procurar conciliar las aspiraciones personales del valor propio con las atribuciones de otros, de tal modo que puedan manejarse en el ámbito social. Esta identidad tiene una extensión temporal. Se conforma una y otra vez a través del recuerdo y se perdería sin la memoria. Una y otra vez el pasado ha de ser usado, mediante actividades de la conciencia histórica, en el esfuerzo social por obtener reconocimiento; sobre las historias se estabilizan y desestabilizan identidades, se afirman y critican, se cambian y confirman, - y eso a todos los niveles de la existencia de una persona: del individuo singular, pasando por el grupo y la comunidad política, al ámbito cultural más extenso, hasta la humanidad; porque la humanidad (no entendida como especie biológica, sino como comunidad de seres provistos de una capacidad cultural) es un aspecto esencial para la formulación de la identidad.

La cultura histórica es, por tanto, la memoria histórica (ejercida en y por la conciencia histórica), que se señala al sujeto una orientación temporal a su praxis vital, en cuanto le ofrece una direccionalidad para la actuación y una autocomprensión de sí mismo.

Si el procedimiento categorizador, que promete el término 'cultura histórica', quiere ser más que una reclamación de universalidad y profundidad antropológicas en el trabajo de los historiadores y las historiadoras, si por tanto quiere ser más que una garantía de trascendencia

pública y más que una reivindicación correspondiente de reconocimiento, entonces también debería ser posible lograr con él una mirada más aguda y extensa al realizar el procedimiento que ordena mentalmente los fenómenos. En efecto, esto es posible si, partiendo de la categoría de cultura, se dimensiona de tal modo la capacidad y la actividad memorativa de la conciencia histórica, que se logre una comprensión más profunda de esta capacidad, tanto por aquellos que la realizan como por aquellos que utilizan sus resultados.

3. Diferenciaciones: La dimensión estética, política y cognitiva de la cultura histórica

Quisiera proponer una dimensionalización¹⁶ que parte de una diferenciación fundamental de la función interpretativa de la cultura en las sociedades modernas y que hace visible y superable, a la vista de esta diferenciación, las estrecheces de miras en la tematización de la capacidad rememorativa de la conciencia histórica. Quisiera tematizar el proceso y la capacidad que tiene la conciencia histórica de configurar sentidos atendiendo a tres dimensiones: la *estética*, la *política* y la *cognitiva*. En cada una de ellas los procedimientos, factores y las funciones de la memoria histórica se presentan de diferente manera, adquiriendo así ya un perfil los fenómenos de la cultura histórica. Y tanto más adquieren un perfil, si se examinan las interrelaciones entre estas tres dimensiones teniendo en cuenta sus diferencias.

En la dimensión estética de la cultura histórica, los recuerdos históricos aparecen ante todo en forma de creaciones artísticas, como por ejemplo novelas y dramas históricos¹⁷. Parece como si tales creaciones no fueran realmente históricas, como si la dimensión estética fuera por tanto básicamente ajena a la historia. El carácter histórico de tales obras de arte, su recurso

¹⁶ Reflexiones anteriores sobre ello se encuentran en Jörn Rüsen: "Für eine Didaktik historischer Museen", en Jörn Rüsen, Wolfgang Ernst, Heinrich Theodor Grütter (eds.): *Geschichte sehen. Beiträge zur Ästhetik historischer Museen* (Geschichtsdidaktik. Studien, Materialien, NF, vol.1), Pfaffenweiler 1988, pp.9-20; además Jörn Rüsen: "Geschichtskultur als Forschungsproblem", en Fröhlich, Grütter, Rüsen: *Geschichtskultur...*, pp.39-51.

¹⁷ Compare aquí Hartmut Eggert, Ulrich Profitlich, Klaus R. Scherpe (eds.): *Geschichte als Literatur. Formen und Grenzen der Repräsentation von Vergangenheit*, Stuttgart 1990. Para la relación entre historia y literatura compare los dos ensayos introductorios de Gisela Brude-Firnau y Karin J. MacHardy en Gisela Brude-Firnau, Karin J. MacHardy (eds.): *Fact and Fiction. German History and Literature 1848-1924*, Tübingen 1990.

a un pasado que también se tematiza o podría tematizarse en la historiografía, se encuentra en una relación tensa con su carácter artístico, con su dignidad específicamente estética. La construcción de sentido y significado que se realiza aquí, parece estar tan lejos de una memoria histórica verdadera como la ficción literaria o plástica (o también musical) se alejan de la experiencia, que la construcción disimula, con las fuerzas de la imaginación, y tiene que anular su importancia como factor condicionante de la praxis de la vida, para poder apurar el potencial de sentido de la ficcionalidad artística¹⁸.

Nadie discutirá que tales creaciones artísticas son productos culturales en los que se tematiza la historia. Pero si dirigimos primordialmente la mirada a las obras de arte, corremos el peligro de perder de vista lo que es específicamente estético en las actividades de la conciencia histórica, en los productos de la memoria histórica. La 'cultura histórica' como categoría no debe poner de manifiesto lo histórico en lo estético, sino lo estético en lo histórico y hacerlo visible como algo esencial para el trabajo memorativo que lleva a cabo la conciencia histórica. Además, las referencias genuinamente históricas en las obras de arte juegan generalmente un papel secundario en la recepción e interpretación de su cualidad estética, y si se estudiaran y valoraran los poemas que tratan sobre hechos históricos, en cuanto historiadores, con frecuencia (no siempre) no saldrían bien parados, y aquello que hace sus obras importantes quedaría opacado.

No. La dimensión estética de la cultura histórica debe ser indagada y aclarada en esas realidades que pretenden ser memoria y recuerdo histórico genuino; por ejemplo, en las mismas obras de los historiadores. Está claro que también allí puede percibirse esta dimensión estética. Estamos tratando siempre, al fin y al cabo, de productos que provienen de procesos lingüísticos de construcción de sentido, de resultados de procesos de creación, y por mucho que los historiadores especialistas prefieren ver en estos procedimientos de creación solamente procesos de cognición, la lectura de estos textos no se limita a operaciones meramente cognitivas. Una mirada imparcial al carácter textual y a la forma literaria específica de la historiografía revelan su cualidad estética. No expresa solamente conocimientos, y tampoco trasluce únicamente de la pretensión de dominio de las memorias históricas, sino que se dirige

¹⁸ En la frase alemana no está claro gramáticamente la interrelación entre las frases subordinadas. La traducción es por tanto una interpretación. [N. del T.]

a los lectores y las lectoras en formas propias de la creación lingüística (por ejemplo en modos especiales de simbolización); sin estas formas, la eficacia de la rememoración histórica en la orientación cultural de la praxis vital, para la cual al fin y al cabo se diseña y a la que se dirige toda historiografía, es impensable.

¿Qué determina su eficacia? ¿Qué hace comprensible una rememoración histórica, qué le da la vivacidad, qué le permite salvar la distancia e irrealidad del pasado y la trae a la realidad abrumadora del presente? Esta pregunta no tiene respuesta sin una referencia a la cualidad estética de las representaciones históricas del pasado. Sin el aspecto aquí predominante de la concordancia formal - tradicionalmente llamado 'belleza' -, las obras históricas no podrían desarrollar su fuerza orientadora en el plano de la percepción sensitiva; la palidez cognitiva de las ideas no tendría el fuego de la fuerza imaginativa, con la cual el recuerdo histórico abre una perspectiva que establece eficazmente finalidades orientadoras para la acción. Lo mismo es válido en la realización de intenciones políticas históricamente formuladas: también ellas han de unirse con la fuerza creativa y efectiva de la contemplación sensitiva para poder cumplir su función práctica.

Naturalmente los criterios, procedimientos y fuerzas de una creación estética específica no tienen solamente una función intensificadora con el fin de favorecer la comprensión cognitiva y la intención política. Más bien es fundamental para la dimensión estética de la cultura histórica que le corresponda una independencia (relativa) en la construcción de sentido que lleva a cabo la conciencia histórica misma. Hay una actividad rememorativa genuina y específicamente estética en la conciencia histórica, que sigue sus propias reglas y que no puede quedar subsumida dentro del cariz político o cognitivo de la memoria histórica, ni tampoco puede entenderse como un simple medio para sus objetivos. Puede apuntarse como un ejemplo de ello la metáfora de la lengua histórica, o también las imágenes de lo histórico en el ámbito de la comunicación visual, que atraviesan, en la forma de monumentos y otros símbolos de memoria en el ámbito de la percepción sensitiva, toda la escala de la manifestación cultural de la memoria histórica, desde el espacio cotidiano y privado hasta la esfera de lo público y artificialmente elaborado.

La pregunta sobre en qué consiste exactamente la fuerza constructora de sentido de lo estético se ha discutido poco hasta ahora. En este sentido, no es una consideración menor el

hecho de que en la estética tradicional y en las disciplinas académicas que se ocupan de la historia y del arte, se ha tendido a ver lo estético y lo histórico como contradictorios¹⁹.

Sólo en los últimos tiempos una mirada histórico-teórica-postmoderna a la historiografía ha conducido a una explicación completa de la poética de lo histórico²⁰. Se ha concentrado en la potencialidad creadora de sentidos del lenguaje, que tiene la capacidad de presentar transcurros temporales como unidades de sentido. Hayden White ha interpretado esta construcción de sentido propia de la estética como la tropología del contar²¹. Tropos son aquellas figuras lingüísticas, con la ayuda de las cuales los transcurros temporales toman la forma de historias y en ellas pueden aparecer como conectores de sentido, percibiéndose e interpretándose al mismo tiempo. Es dudoso si se puede determinar la particularidad de lo histórico suficientemente desde un punto de vista tropológico. Pero es indiscutible que la construcción estética de sentido por la conciencia histórica representa una actividad de la imaginación, en la que los contenidos experienciales de la memoria se cargan de significado histórico, esto es, se convierten en portadores de un transcurso temporal que, en cuanto 'historia', hace interpretable la praxis vital cotidiana.

Creo que es especialmente engañoso hablar de ficciones cuando nos referimos a esta transformación imaginativa de las 'ocupaciones' del pasado²² en 'historia' para el presente. Porque eso le da al acto rememorativo de la conciencia histórica la falsa apariencia de irrealización, exactamente allí donde opera con las fuerzas vitales de la contemplación sensitiva. La fuerza imaginativa de la conciencia histórica no aleja de la experiencia histórica, sino que, interpretándola, conduce a ella. La fuerza imaginativa es –en palabras de Ranke– "la capacidad

¹⁹ Compare aquí Jörn Rüsen: *Ästhetik und Geschichte. Geschichtstheoretische Untersuchungen zum Begründungszusammenhang von Kunst, Gesellschaft und Wissenschaft*, Stuttgart 1976.

²⁰ Compare Jörn Rüsen: "Postmoderne Geschichtstheorie", en Konrad Jarausch, Jörn Rüsen, Hans Schleier (eds.): *Geschichtswissenschaft vor 2000. Perspektiven der Geschichtstheorie, Historiographieggeschichte und Sozialgeschichte. Festschrift für Georg Iggers zum 65. Geburtstag* (Beiträge zur Geschichtskultur, vol.5), Hagen 1991, pp.27-48.

²¹ Hayden White: *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore 1978.

²² Se refiere a la cita de Droysen. [N. del T.]

de la regeneración" y tiene que "reproducir de nuevo la vida aparecida" en el pasado²³. Es decir, es la que hace el pasado vivo en el recuerdo histórico. 'Vivo' significa: operativo en las orientaciones culturales de la praxis vital actual. La imaginación histórica no hace del pasado algo irreal, un castillo etéreo sin contenido de experiencia, sin el núcleo de lo real, una mera ficción de lo 'que realmente había sido', sino que lo actualiza y realiza justamente con las fuerzas de la conciencia, que otorgan a algo pasado ausente la fuerza de algo realmente presente. Es correcto que la imaginación histórica tiene que traspasar la factualidad pura de lo pasado para elevarlo, interpretándolo, a una construcción histórica con sentido. Pero con ello, el pasado no pierde su carácter de algo real, sino lo adquiere exactamente así, como específicamente histórico. La realidad del pasado está, en cierto modo, muerta y aparece como irreal, es decir, sin sentido y significado. La fuerza imaginativa de la memoria histórica llena esta realidad muerta con la vitalidad del sentido y del significado, y la hace así lo más importante (ahora: histórico-real), en el sentido de real y operativa en el contenido de la experiencia y en la fuerza interpretativa de las orientaciones culturales de la praxis vital humana.

Con ello no quiero decir que el pasado 'en sí mismo' sea meramente factualidad carente de sentido y que solamente reciba sentido en un acto creativo de la conciencia, como si la historia fuera sólo un constructo de sentido subjetivo. Ya como tradición contiene un sentido, y también las resignificaciones que lleva a cabo la conciencia histórica trascendiendo este primer sentido, pueden ser inducidas por el propio pasado, en cuanto que el pasado puede haber entrado en las condiciones de vida actuales antes de que la memoria se haya ocupado consciente e interpretativamente de él, y puede haber sido guardado en ellas, y en cuanto pasado no-pasado, puede haber sido un factor condicionante de la construcción histórica de sentido.

Sólo cuando el efecto estético de la fuerza imaginativa conduce a una memoria histórica que ha perdido su relación con la experiencia o que está más allá de cualquier experiencia histórica, solamente entonces se podría hablar de ficción y ficcionalización con perfecto derecho. Pero justamente entonces ya no se trata tampoco de una memoria

²³ Leopold von Ranke: *Vorlesungseinleitungen*, editado por Volker Dotterweich y Walter Peter Fuchs (Aus Werk und Nachlaß, vol.IV), München 1975. Para la estética en la obra de Ranke compare Jörn Rüsen: "Rhetorics and Aesthetics of History: Leopold von Ranke", en *History and Theory*, 29, 1990, pp.190-204.

específicamente histórica. Un proceso de representación que imaginativamente traspasa sistemáticamente la relación constitutiva de la memoria con la experiencia, situándose en el ámbito imaginario; un proceso, por tanto, en el que se dotan artificialmente acontecimientos del pasado con una realidad imaginativamente prestada; un proceso así podemos verlo como estético, pero como histórico solamente en un sentido muy limitado e impropio. La fuerza imaginativa de lo estético es histórica mientras trabaja con la experiencia del pasado, o mejor, la pone al día; pero no lo es cuando transforma esta experiencia histórica en una creación puramente artificial, es decir, relevada de la experiencia.

La dimensión genuinamente política de la cultura histórica está basada en que cualquier forma de dominio²⁴ necesita del consentimiento de los afectados; la memoria histórica juega un papel importante en este asentimiento. No es casualidad que el dominio político se presente con símbolos cargados de resonancias históricas. Esto se hace evidente en las fiestas nacionales, que generalmente deben recordar el origen de la comunidad política, de tal manera que muestren una obligación normativa inicialmente establecida como duradera. La rememoración histórica tiene una función genuinamente política de legitimación. Ésta se cumple generalmente en la forma de una consciente construcción y cuidado de las tradiciones, a lo que tampoco pueden renunciar, fundamentalmente, los estados modernos, por mucho que quieran entender su legitimidad jurídicamente como legalidad.

Legitimidad es la capacidad estructural del dominio de recibir consentimiento. La memoria histórica es un medio importante de este consentimiento. Cimenta el dominio político mentalmente, ya que lo acuña en las construcciones de sentido de la conciencia histórica que sirven para la orientación cultural de la praxis vital. Este entrelazamiento se extiende hasta las profundidades de la identidad histórica. La construcción de la identidad se lleva a cabo generalmente en el medio del poder²⁵ y del dominio, y eso tanto en la intimidad de

²⁴ El término 'Herrschaft', traducido aquí como 'dominio', parece ser usado por el autor según la caracterización de Max Weber: 'Herrschaft' es "la posibilidad de que una orden con un cierto contenido encuentre obediencia entre ciertas personas". Max Weber: *Wirtschaft und Gesellschaft. Grundriss der verstehenden Soziologie*, vol.I, editado por Johannes Winckelmann, Tübingen 1956⁴, pp.28-29. [N. del T.]

²⁵ También el término 'Macht', aquí traducido por 'poder', parece tener que ser entendido según la definición de Max Weber: 'Macht' es "cualquier posibilidad en una relación social de imponer

los sujetos individuales como en la relación entre ellos. En la construcción interior de la identidad, las obligaciones, el ser uno mismo y las estructuras instintivas (en palabras de Freud: super-ego, ego y ello) tienen que articularse de tal manera que hagan posible la conducción de la vida a través de actuaciones con sentido. Lo mismo es válido para el engranaje interpersonal que se produce entre las atribuciones propias y las ajenas de posicionamiento social, así como entre las pretensiones de reconocimiento de un sujeto y las expectativas con las cuales otros lo confrontan. También este equilibrio vital describe una relación de dominio.

El dominio político está subjetivamente arraigado y asegurado en la vida de una sociedad como relación organizada de poder. Y en la medida en que este equilibrio doble entre las instancias internas de construcción identitaria y sus lados subjetivo-interno y social-externo se refiere al cambio temporal de un cierto individuo y su mundo (transformación temporal que precisamente constituye el eje del trabajo de la conciencia histórica en la construcción de sentido) es su realización la ejecución cultural de dominio político. Esta ejecución se rige por el principio de poder. También se podría hablar del principio histórico de construcción de sentido con una coherencia funcional y pragmática. Ello significa que la orientación cultural de la praxis de la vida efectuada por la rememoración histórica, tiene que concordar con las intenciones e intereses políticos que rigen la vida de un sujeto para poder ser efectiva. La memoria histórica orienta la perspectiva temporal, en la cual el pasado aparece como historia plena de sentido y significado para el presente, siempre siguiendo un sistema de coordenadas político (entre otras cosas) que corresponde con las voluntades empujadas por el poder, con las cuales los sujetos que memoran organizan su vida en la práctica.

Naturalmente eso no significa que la conciencia histórica siga ciegamente las directrices de la voluntad de poder, que el sistema político de dominio en el que actúa impone. Exactamente porque este sistema de dominio necesita su contrafuerte mental en las memorias históricas de los afectados, tiene que movilizar en ellos un consentimiento que no se puede forzar tan fácilmente. Por eso hay en cualquier acto legitimatorio de la memoria histórica también un poco de crítica del dominio, en cierto modo una posibilidad estructural de

la voluntad propia también en contra resistencia, independientemente de en qué se base esa posibilidad". Weber: *Wirtschaft und Gesellschaft*..., pp.28-29. [N. del T.]

recalcitrancia política, que ayuda a que los dominados toleren las desconsideraciones del sistema político. (Muchas veces aparece esta crítica indirectamente en forma estética). Reivindicaciones externas de dominio se extienden a la mentalidad de los dominados mediante el acto conmemorativo llevado a cabo por la conciencia histórica, pero para ello la memoria ha de concordar en cierta medida con los impulsos de la voluntad de los afectados, con los que éstos traen el pasado, como si fuera el suyo propio, al presente.

La dimensión cognitiva de la cultura histórica se realiza, en las sociedades modernas sobre todo a través de las ciencias históricas. Con su regulación metodológica de la actividad de la conciencia histórica de percibir, interpretar y orientar se hacen responsables del principio que regula sus operaciones cognitivas: Se trata del principio de coherencia de contenido, que se refiere a la fiabilidad de la experiencia histórica y al alcance de las normas que se utilizan para su interpretación.

Como los mecanismos del trabajo conmemorativo de la conciencia histórica han sido discutidos extensamente en la literatura correspondiente sobre los fundamentos de la ciencia histórica y sobre las pretensiones de validez de los conocimientos históricos producidos en la investigación, puede ser suficiente la advertencia, de que el conocimiento histórico, con el cual la conciencia histórica opera en cumplimiento de sus funciones culturales, tiene su estatus propio, específicamente cognitivo y marcado por operaciones metódicas como garantía de validez²⁶.

4. Interrelaciones complejas

La diferenciación entre las dimensiones estética, política y cognitiva de la cultura histórica corresponde a una división aproximada corriente, que al menos concordará con el horizonte de experiencia de las sociedades modernas. Al fin y al cabo, solamente los resultados

²⁶ Compare Jörn Rüsen: *Historische Vernunft. Grundzüge einer Historik I: Die Grundlagen der Geschichtswissenschaft*, Göttingen 1983; Jörn Rüsen: *Rekonstruktion der Vergangenheit. Grundzüge einer Historik II: Die Prinzipien der historischen Forschung*, Göttingen 1986; Jörn Rüsen: *Lebendige Geschichte. Grundzüge einer Historik III: Formen und Funktionen des historischen Wissens*, Göttingen 1989; Gebhard Rusch: *Erkenntnis, Wissenschaft, Geschichte. Von einem konstruktivistischen Standpunkt*, Frankfurt a.M. 1987.

de investigaciones empíricas pueden mostrar hasta dónde llega la utilidad analítica de esta diferenciación. Para tales investigaciones, la diferenciación tiene naturalmente una función heurística, por tanto co-decide en cierta manera ya de ante mano sobre los resultados. Por eso parecen indicadas más reflexiones de índole teórica, que se refieran a la relación de las tres dimensiones entre sí. Cuanto más claro se explica teóricamente su relación, más evidente se hacen los fenómenos.

La diferenciación entre arte, política y ciencia como tres ámbitos de la cultura histórica no se corresponde únicamente con diferencias evidentes dentro de la lógica interna y de la función práctica de la memoria histórica, tal como se encuentra realmente en las sociedades modernas; su heurística de la diferenciación no está únicamente marcada por una contemporaneidad a la modernidad. Más allá, tiene también una base antropológica, pues se puede basar sin problemas en los tres modos fundamentales de la mente humana, en el sentimiento, la voluntad y el intelecto. Con esta fundamentación antropológica de las tres dimensiones se puede apoyar la tesis de que las tres son de igual modo originarias y no pueden ser reducidas la una por la otra. Mentalmente constituyen un sistema de coordenadas, con el que se puede alumbrar y explorar el ámbito de actividad mental delimitado por la categoría de la cultura histórica.

La co-originalidad de las tres dimensiones y sus principios (belleza, poder y verdad) hace que las tres existan por derecho propio. Pero eso no significa que se puedan realizar, pensar (o investigar) unas al margen de otras en una relación meramente externa. Al contrario: la tesis de que son de igual manera originarias ha de ser complementada por la tesis de una interrelación interna necesaria. De la misma manera como sentimiento, voluntad e intelecto están íntimamente interrelacionados y conforman precisamente por esta interrelación algo como la subjetividad o la mentalidad o también la intencionalidad o autodeterminación de la acción, así las tres dimensiones de la cultura histórica se compenetran mutuamente, y solamente en esa compenetración la conciencia histórica realiza su acción cultural característica, la rememoración histórica. No hay ninguna rememoración histórica que no esté marcada por los tres principios. Se pueden enseñar uno por uno en los fenómenos correspondientes y con ello también se hace al mismo tiempo evidente su interrelación interna. Así por ejemplo, no se puede pensar ningún texto historiográfico del ámbito de la ciencia histórica que no muestre, al lado de las características peculiares de garantía de validez

metodológica del conocimiento histórico, principios de forma estéticos e influencias e intenciones políticas. Puede ser que eso no sea siempre el caso inmediata y directamente, pero seguramente indirectamente y de tal manera, que el texto perdería su sentido, es decir su comprensibilidad, si se prescindiera, en un experimento mental, de los factores de configuración estéticos y políticos. Tampoco hay manifestaciones políticas o estéticas puras de la memoria histórica.

Con ello surge forzosamente la pregunta de cómo se interrelacionan las tres dimensiones y sus principios dominantes. No quiero responder a esta pregunta con una pretensión antropológica radical, sino explicar, atendiendo a la cultura histórica de sociedades modernas, algunas constataciones, de las que primero se debería comprobar si tienen un significado fundamental y en qué medida. En primer lugar, hablo de la constatación de que parece que hay una tendencia continuada a una instrumentalización recíproca en la relación de los tres diferentes modos de la construcción histórica de sentido, que lleva a dislocaciones en la cultura histórica, a manifestaciones problemáticas de la memoria histórica. Y complementario a esto, existe la constatación de que se pueden evitar tales dislocaciones solamente si la conciencia histórica lleva a cabo su trabajo memorativo bajo la premisa de una autonomía relativa y, una crítica y limitación recíproca de estos tres modos.

La tendencia a la instrumentalización consiste en que uno de los modos de la construcción histórica de sentido pretende ser decisivo en la consecución del constructo cultural 'historia', y constreñir a una función subordinada a los otros dos. De este modo el dominio de la dimensión estética lleva a una estetización de la memoria histórica, el dominio de la dimensión política a una politización y el predominio de las estrategias cognitivas de la construcción de sentido, a una ideologización de la cultura histórica. Las tres tendencias suponen unilateralizaciones a costa de los potenciales de sentido puestos en dependencia. De este modo la estetización de la memoria histórica lleva generalmente a déficits en la orientación política y a la debilitación de la fuerza argumentativa del uso metodológico del intelecto al abordar la experiencia histórica.

La estetización ocurre generalmente en la cultura histórica moderna cuando se producen tales cambios en las constelaciones de la experiencia temporal que hacen saltar las ideas hasta la fecha culturalmente dominantes sobre el transcurso del tiempo; y cuando a pesar

de ello, el pasado, frente al colapso de su interrelación temporal con el presente y sus expectativas de futuro, debe seguir manteniendo su cualidad de sentido y significado. Un ejemplo prominente de una estetización semejante representa la historiografía y la concepción de la historia de Jacob Burckhardt²⁷. Con la estetización contrarrestó una crisis de orientación en el proceso de la modernización, en la que los modelos de interpretación clásicos del historicismo amenazaban con volverse obsoletos. Con vestimenta estética salvó la fuerza de construcción identitaria de las tradiciones de *Alteuropa*²⁸, en un momento crítico de impulso modernizador, en el cual la validez duradera del sistema normativo europeo se volvía problemático. Con la forma estética se pudo salvar históricamente la cultura que Burckhardt daba políticamente por insalvablemente perdida. Así, naturalmente, agravó mediante la rememoración histórica la crisis política de orientación que debiera haber sido superada con la ayuda de aquella, y eso tuvo para el lado cognitivo de su oferta de orientación histórica la precaria consecuencia de una deshistorización y remitificación del pensamiento histórico. Déficits parecidos en la coherencia político-funcional y en la pretensión cognitiva de veracidad distinguen también el giro más nuevo a la postmodernidad de la teoría de la historia: exactamente en la medida en que se adquieren aquí comprensiones nuevas de la estructura estética profunda del trabajo de construcción de sentido de la conciencia histórica, los estándares tradicionales de la racionalidad técnica pierden fuerza de validez y la articulación histórica de la voluntad de ejercer poder gana fascinación estética.

Es de sobras conocido que el dominio de la voluntad de poder en la orientación cultural de la praxis vital humana, llevado a cabo a través de la memoria histórica, se produce a costa de las pretensiones de verdad y, en estos casos, la coherencia formal de la creación

²⁷ Compare aquí los brillantes análisis de Friedrich Jaeger: *Bürgerliche Modernisierungskrise und historische Sinnbildung. Kulturgeschichte bei Droysen, Burckhardt und Weber*, disertación Bielefeld 1992. Próximamente publicado en la serie "*Bürgertum. Beiträge zur europäischen Geschichte*".

²⁸ El término 'Alteuropa' (la vieja Europa) denomina la Europa y el conjunto de sus estructuras sociales, políticas , económicas , sus tradiciones y mentalidades desde aproximadamente la Edad Media hasta las revoluciones que trajeron el mundo moderno, es decir, la revolución francesa, la industrial y la ilustración. Este concepto no obvia los cambios que ocurrían durante esta época en Europa. Pero insiste en la unidad de esta época basada en el predominio permanente de las mismas características en los ámbitos social, económico, político y mental. El concepto se acerca al del 'Ancien Régime' de la historiografía francesa pero destaca el aspecto político mucho menos. Vea Dietrich Gerhard: *Alte und neue Welt in vergleichender Geschichtsschreibung*, Göttingen 1962, pp.40ss. [N. del T.]

histórica se pervierte en un mero medio de la propaganda; ello sucede tanto en el uso cotidiano como en el uso público de la rememoración histórica (efectuado con gran despliegue) para fines políticos²⁹. No es necesario destacar cuantas pretensiones de verdad se quedan en el camino así; y de la misma manera es conocido que, de este modo, las formas de representación histórica pierden justamente la ambivalencia estética, a través de la cual se rompen en la cultura histórica las obligaciones políticas en favor de las posibilidades de libertad de la memoria histórica. Se separan las pretensiones políticas de dominio de los aspectos cognitivos de verdad, pero justamente así pierde la legitimidad del dominio (de la que se trata precisamente) la fuerza de convicción, con la cual se liga en sociedades modernas el dominio político al entendimiento de los dominados. Mediante una politización unilateral se entrega la cultura histórica a las reglas de una voluntad ciega a ejercer poder. Los aspectos normativos de la memoria histórica adquieren una arbitrariedad decisiva y se reduce el acto cognitivo de la ciencia a la producción de hechos políticamente deseados.

También cuando las estrategias cognitivas de la construcción de sentido adquieren el monopolio como las únicamente decisivas, a costa de las políticas y estéticas, se produce una distorsión en la cultura histórica: las pretensiones políticas de dominio se cargan cognitivamente tanto, que la pretensión de verdad científico-académica se pervierte en dogmatismo ideológico, y la argumentación libre, que es el aire vital del progreso científico del conocimiento, se ahoga. El marxismo-leninismo es un ejemplo muy destacado de esta trampa relacional en la que se adentra la pretensión de verdad de la ciencia cuando se vinculan directamente con ella pretensiones políticas de dominio, cuando se quiere, por así decirlo, coronar las pretensiones políticas con la corona de la ciencia para aumentar su fuerza persuasiva. Con esta extensión exagerada de su pretensión de verdad, la ciencia destruye justamente sus funciones de orientación histórica, en las cuales puede jugar un papel político como factor de crítica de legitimidades.

Se ha investigado y discutido poco el hecho de que hay también una extensión exagerada y problemática de la dimensión cognitiva de la cultura histórica en su relación con la estética. La razón de ello es, por un lado, que la estética de lo histórico permanecía en la

²⁹ Katherina Oehler: *Geschichte in der politischen Rhetorik. Historische Argumentationsmuster im Parlament der Bundesrepublik Deutschland* (Beiträge zur Geschichtskultur, vol.1), Hagen 1989.

práctica en vigor cuando teóricamente había desaparecido de la autocomprensión de la historia-ciencia. En cualquier caso, la vivacidad creativa de la escritura histórica (sostenida por la fuerza imaginativa de la memoria histórica) no pertenece precisamente a lo que la historiografía científica incluye como específico en su autocomprensión. Es más bien indirectamente que se pueden estudiar las consecuencias problemáticas de una delimitación sistemática de la construcción estética de sentido en la memoria histórica; es posible estudiar estas problemáticas en ciertas manifestaciones de la memoria histórica, en las que la coherencia formal de lo estético se vuelve contra su papel de servidora de la verdad: en los momentos en que se produce con medios predominantemente estéticos sentido histórico.

Entonces se liberan cualidades experienciales y potenciales de sentido de la memoria histórica que languidecen en el método de la historiografía científicamente orientada. Un ejemplo muy provocador de ello es la película sobre Hitler de Hans-Jürgen Syberberg³⁰. Sin embargo, se trata también de un ejemplo de los altos costes (en mi opinión demasiado altos) que una estetización radical de la memoria histórica hace pagar a la orientación política y al entendimiento científico³¹. Esto evidencia, en cualquier caso, que hay medios genuinamente estéticos de la construcción histórica de sentido - y que estos medios desarrollan un potencial problemático en la cultura histórica en el momento en que la ciencia y la política disputan al arte su propio derecho en la memoria histórica, y lo instrumentalizan como una forma para sus finalidades.

La 'cultura histórica' tiene como categoría un doble sentido: alumbra y explora teóricamente un ámbito de experiencia, y determina al mismo tiempo aspectos normativos de la praxis en ese ámbito. Sin este componente normativo no se puede explicar la coyuntura del término en la discusión pública sobre formas, contenidos y funciones de la memoria histórica. Este doble sentido no está exento de peligros, puesto que se puede usar en una retórica problemática para soslayar aspectos normativos mediante una argumentación empírica, y al revés, los análisis empíricos pueden verse cargados de repente con pretensiones normativas. Por otro lado, es imposible no ver que el análisis teórico de las tres dimensiones de la cultura

³⁰ Hans-Jürgen Syberberg: *Hitler - ein Film aus Deutschland*, Reinbek 1978. Compare Anton Kaes: *Deutschlandbilder. Die Wiederkehr der Geschichte als Film*, München 1987.

³¹ Saul Friedländer: *Kitsch und Tod. Der Widerschein des Nazismus*, München 1984.

histórica y de su interrelación puede llevar a conclusiones cuyo significado práctico es obvio. Así, de las reflexiones anteriores sobre las tendencias de instrumentalización y sumisión recíproca de las tres dimensiones y sus reglas particulares, se puede sacar la conclusión, significativa en la práctica, de que aquella memoria histórica que deja a sus tres dimensiones una autonomía relativa y las interrelaciona al mismo tiempo recíproca y críticamente, puede cumplir mejor su función cultural de orientación. Es posible romper, por ejemplo, las constricciones políticas que la voluntad de poder introduce al trabajo memorativo de la conciencia histórica. Esto se puede hacer, estéticamente, mediante la actuación libre de la imaginación histórica y, cognitivamente, mediante la movilización de experiencias críticas con las legitimidades. Pero los aspectos políticos pueden también ordenar conocimientos según criterios de relevancia y así criticar también la arbitrariedad inmanente en las disciplinas de la producción investigadora de conocimientos. La argumentación metodológica puede confinar en los límites de la experiencia a la fuerza imaginativa histórica, que se extralimita con demasiada facilidad si su autonomía estética es desenfrenada. Claro está, no se puede deducir ningún sistema de reglas de la teoría de la cultura histórica, al que la praxis del trabajo cultural memorativo solamente tendría que seguir. Pero esta teoría sí permite reconocer posibilidades para la realización de esa praxis, y además da criterios para su valoración.

5. Problemas de sentido

Las reflexiones anteriores sobre la diferenciación entre las tres dimensiones y su interrelación han mantenido en segundo término una pregunta que en realidad es la pregunta más importante de la cultura histórica; es la pregunta por el principio que garantiza un sentido al recuerdo histórico. Si es verdad que ninguna de las tres dimensiones sola puede producir el sentido histórico - decisivo para el trabajo memorativo de la conciencia histórica - como medida de orientación de la praxis vital, sino que solamente se puede producir sentido histórico cuando se da una interrelación compleja de las tres dimensiones (con la misma legitimidad de co-originalidad), cuando hay una autonomía (relativa) y una interrelación de reconocimiento recíproco de esta autonomía y, al mismo tiempo, de delimitación y crítica; si aceptamos esto, tomando las tres dimensiones como una totalidad interconectada, debemos preguntarnos a qué se debe o de dónde procede el sentido. En el marco de un bosquejo que

debe dibujar las tareas de una teoría de la cultura histórica, esta pregunta naturalmente no puede faltar, ni puede ausentarse tampoco aunque no podamos ocuparnos de ella con el detenimiento que sería necesario para responderla.

Las reflexiones anteriores deberían haber hecho patente que la pregunta por el sentido surge inevitablemente, pero al mismo tiempo también que no hay respuesta concluyente a ella. Mientras la religión representaba en la vida de una sociedad una fuente de sentido universalmente aceptada, era indiscutida la instancia en referencia a la cual era posible la integración de las tres dimensiones de la cultura histórica y se podía producir sentido histórico eficaz para toda la sociedad. Con la modernización esta integración se ha deshecho. Eso no significa que la religión como fuente de sentido se hubiera agotado o hecho superflua, sino solamente que con ella no se puede alcanzar el beneficio de diferenciación, que consiste en la autonomía relativa de las tres dimensiones. Una y otra vez se han producido intentos de poner en juego instancias culturales, que hubieran debido asumir la tarea de fundamentación e integración de la religión, pero todas estas instancias (por ejemplo la filosofía de la historia) cayeron bajo el veredicto de una acentuación exclusiva de una dimensión a costa de las otras. Ninguna de las instancias soportaba la dinámica liberada que la autonomía relativa de las tres dimensiones emana.

Por supuesto eso no significa que esta dinámica produzca, en la medida en que se desarrolla, necesariamente sinsentido, es decir, que la cultura de la memoria histórica se consuma crecientemente a sí misma en el proceso progresivo de modernización. Aunque se han indicado con razón una y otra vez los déficits de sentido en el proceso de modernización y estas indicaciones se han extendido con perfecto derecho a ámbitos y fenómenos importantes de la cultura histórica, no debería perderse de vista que en cada una de las tres dimensiones se han desarrollado criterios de sentido, que son mutuamente contrastables, compatibles y conciliables, así como referibles unos con otros. Estos criterios son, en el ámbito de la ciencia, la racionalidad formal del procedimiento metodológico, en el ámbito de la política un sistema de principios universales de derechos de legitimidad política (los derechos humanos y civiles), y en el ámbito del arte el principio formal de la autonomía estética. Todos estos principios se pueden especificar en relación a la particularidad de lo histórico, es decir, a las operaciones mentales de la conciencia histórica. Tienen en común un universalismo formal.

Este universalismo representa un estándar no falseable de la cultura histórica. En referencia a él se podría lamentar, respecto a la plenitud de sentido de las religiones tradicionales, la pobreza de su carácter abstracto, y esa lamentación es también una tónica fundamental de la crítica cultural que ha acompañado el proceso de modernización y recientemente ha resonado de nuevo perceptiblemente en el matiz de la postmodernidad. Esta lamentación está justificada cuando el universalismo formal de los criterios estéticos, políticos y cognitivos de sentido encauza de tal manera los contenidos de la memoria histórica que se hace desaparecer en ésta exactamente aquello por lo cual se la lleva culturalmente a cabo: esto es, la singularidad de las circunstancias y de los desarrollos temporales que corresponden al contexto de la actuación y a la identidad singular de los que rememoran.

Pero el universalismo formal de la moderna construcción histórica de sentido es todo menos una amenaza a esta singularidad. Al contrario: es una condición necesaria para que la plenitud de las singularidades en el campo de la memoria histórica se pueda desplegar libremente. De este modo, el universalismo representa una condición necesaria para el sentido histórico. Claro está, no suficiente, puesto que la plenitud de las rememoraciones históricas (liberada por el universalismo formal de la racionalidad metodológica, la legitimidad legal y la autonomía estética) tiene que ser empleada, como tal, en construcciones históricas de sentido coherentes, que corresponden a situaciones singulares de actuación y a problemáticas de la construcción de identidad. Teniendo en cuenta este carácter concreto de la orientación cultural, ¿a qué se debe o de dónde procede el sentido histórico? ¿Qué tiene que sumarse como criterio de singularidad cultural al criterio de sentido de un universalismo formal?

Son dos aspectos de la construcción histórica de sentido que deben ponerse aquí en juego. Por un lado el de una parcialidad necesaria en la construcción histórica de sentido y, por tanto, la renuncia sistemática a concretar el universalismo formal en una totalidad de contenido de la memoria histórica. Pero al mismo tiempo parcialidad significa también una relativización recíproca de las tres dimensiones en su relación entre ellas y con ello una apertura fundamental de la conciencia histórica, que sólo puede adoptar algo así como un sentido global de los desarrollos temporales del hombre y su mundo en forma negativa, como inalcanzable, como idea reguladora, pero no como imagen histórica concreta. Sólo mediante esta negatividad del sentido global es posible mantener en la memoria la ruptura civilizatoria de las experiencias

terroríficas del siglo XX, sin tener que hacer por ello reducciones en la necesidad cultural de construcción histórica de sentido.

6. Ideas a desarrollar

Este bosquejo de la problemática que aborda la pregunta por los principios de la construcción histórica de sentido, no se puede esbozar bien sin algunas consideraciones sobre el desarrollo histórico de la cultura histórica. La mera referencia a la religión como instancia premoderna para la integración de las tres dimensiones, y a la modernización como proceso histórico en el cual se deshace esta integración, no es suficiente. El problema del sentido se ha hecho tan virulento en la cultura histórica de hoy porque se puede entender como fase final de un proceso de desarrollo, ante el cual es imposible retroceder. La categoría de la modernización no es suficiente para la caracterización de este proceso de desarrollo. En vez de eso se tendría que argumentar mucho más extensamente en el tiempo. ¿Es posible dibujar un proceso universal-histórico en el desarrollo de la cultura histórica (un dibujo que no generalice simplemente el modelo europeo de desarrollo sino que pueda ser aplicado interculturalmente), y eso de tal manera, que se libere al mismo tiempo la dimensión global del proceso de modernización de la estrechez de un punto de vista eurocéntrico? Esa pregunta es irrenunciable en una teoría de la cultura histórica que quiera ser al mismo tiempo antropológicamente fundamental y diagnóstico para el presente. Y es que no se podrá llegar del uno al otro sin una historización general.

¿Existe, por tanto, algo como una dirección universal de desarrollo de la conciencia histórica? Quiero responder afirmativamente a esta pregunta y caracterizarla como un aumento en el reconocimiento y la asimilación de la contingencia que conlleva la acción orientadora de la conciencia histórica. También se podría hablar de una positivización³², generalmente en aumento, del contenido de la memoria histórica. La orientación cultural originaria de la praxis vital humana según los modelos del transcurso del tiempo era relativamente pobre de contenidos. Las experiencias de contingencia se trataban mediante una construcción mítica de sentido, se transfería y se calmaba el tiempo agitado del momento presente al tiempo originario

³² Significa tratando este contenido según las normas del positivismo. [N. del T.]

de la creación divina del sentido. A través de un proceso largo y altamente cambiante se podían entonces revestir los acontecimientos contingentes (es decir, acontecimientos espacialmente y temporalmente positivos³³ del pasado) con la cualidad de sentido de ese origen. Si se prefiere: el tranquilo tiempo originario se llenaba cada vez más con el tiempo agitado del momento presente. A la positivización del contenido corresponde una temporalización de la conciencia histórica. Y al mismo tiempo aumentan las operaciones específicamente cognitivas de corroboración de la experiencia. Estas tendencias que se encuentran en todas las culturas desarrolladas, desembocan entonces, viniendo de orígenes muy diferentes, en el proceso global de la modernización. En éste domina una idea lineal del transcurso temporal, y en él se imponen los aspectos ya mencionados de racionalidad y legitimidad universales, así como de autonomía estética.

Actualmente, el grado de desarrollo de la construcción histórica de sentido, que se ha logrado del modo descrito, se ha vuelto problemático. Es verdad que se producen incesantemente, y hasta en creciente medida, construcciones históricas de sentido en todas las dimensiones pertinentes de la cultura, y con ellas se supone y se transporta el sentido histórico; pero allí, donde se reflexiona sobre el sentido histórico como tal, su fragilidad se ve en primer plano. El giro más nuevo en el análisis histórico-teórico de los requisitos y las condiciones, los procedimientos y las formas, y de las funciones de la construcción histórica de sentido se caracteriza por el hecho de que las condiciones para el sentido histórico, hasta ahora incuestionablemente válidas, se ponen un duda.

La comprensión de las actividades de la conciencia histórica configuradoras de sentido ha despojado de sentido a la facticidad del pasado en cuanto portadora de sentido. Como acontecimientos objetivos, los procesos temporales del pasado, que entran como contenidos de experiencia en la memoria histórica, se representan en palabras de Max Weber como "parte permanentemente cambiante y limitada de un torrente enorme y caótico de acontecimientos que fluye por el tiempo"³⁴.

³³ Según las normas del positivismo. [N. del T.]

³⁴ Max Weber: "Die 'Objektivität' sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis", en Max Weber: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, editado por Johannes Winkelmann, Tübingen 1968³, pp.146-214, cita p.214.

De esta facticidad sin sentido se diferencian ahora los elementos de construcción de sentido de la conciencia histórica, como ficticios, y así se deshace precisamente esa relación, tan llena de modernidad, entre los acontecimientos fácticos del pasado y las interrelaciones (siempre llenas de sentido y significado) entre el pasado y el presente. La extensión lineal de esta relación estructural –culturalmente profundamente arraigada como idea de progreso– aparece como no continuable y así como directamente absurda.